

síntomas como respuestas que sustraen al yo de la situación de peligro. El desarrollo de angustia introduce, de este modo, la formación de síntomas. La tendencia será a limitar al mínimo este desarrollo de angustia, a emplear la angustia sólo como señal, esto es: reproducción mitigada de la otrora situación traumática.

La «edad adulta» no ofrece protección suficiente contra el retorno de la situación angustiante primitiva traumática. Parece como si para cada sujeto existiese un límite-umbral más allá del cual fallase su aparato anímico en el dominio de la descarga: los neuróticos se presentan así como quienes no logran dominar las condiciones de angustia pertenecientes a épocas pasadas.

Existe una forma de estabilización: «límite» que señala el funcionamiento «armonioso»; «Umbral» más allá del cual el aparato no puede regular más. Referencia estructural en Freud que alude a aquello que lo constituye al Sujeto en su particularidad. ¿Cómo pensar este «límite-umbral»? Se trata, como dijimos, del límite en el cual falla la estabilidad misma del Sujeto, en íntima vinculación con la estructura de la fantasía.

«Inhibición, Síntoma y Angustia» prueba junto al cambio en el concepto de satisfacción, anunciado años antes, el resto de la internalización de la figura del padre: El Superyo exigiendo cada vez más renuncia a lo pulsional. Pero ya no se trata en esta satisfacción paradójica del problema de la represión a causa del padre.

LOS MITOS DEL PADRE EN FREUD*

*María Ines Sarraillet
Stella Maris Trotta*

En los comienzos del recorrido freudiano, un encuentro inaugural da origen a la práctica psicoanalítica: el encuentro con la palabra de la histérica. Allí, en el relato que estas pacientes dirigen a Freud, se recorta una figura como protagonista de una escena traumática. El padre que seduce a la hija. Figura de un puro goce que constituye la referencia de los síntomas.

¿Se trata de reducir entonces esta situación a la fórmula: padre perverso-hija histérica? No por mucho tiempo, ya que la

* El presente trabajo fue presentado en la Mesa Redonda: "Freud y su actualidad", organizada por la cátedra de Psicopatología y el Seminario de Desarrollos en Psicoanálisis, en conmemoración del cincuentenario de la muerte de Sigmund Freud. Facultad de Humanidades. U.N.L.P. 30 de setiembre de 1989.

«mentira» de la histérica llevó a Freud a replantear el estatuto del padre seductor. Si él goza de su hija, lo hace en la fantasía. En «La interpretación de los sueños», su obra fundacional, Freud encuentra una vía para abordar la pregunta por el lugar del padre. Allí, por primera vez hace referencia a la leyenda de Edipo. Freud debe recurrir al mito, para dar cuenta de la función paterna.

La figura del padre seductor, se sustituye por su función interdictora, que más tarde, ordena de acuerdo a la estructura del complejo de Edipo, remite a una operación particular: la de la castración.

Así, la cuestión del padre se constituye en un hilo conductor que se entreteje en toda su obra. Articulándose en cada uno de sus cinco historiales, «el padre está presente en cada recodo del Edipo, cualquiera que sea su disfraz»(1).

¿Cuál es el lugar reservado al padre? Esta pregunta no cesa de insistir para Freud, quien al ensayar una nueva respuesta, se ve conducido a la construcción de un nuevo mito: el mito del padre originario, el Urvater.

Aparece así, su obra «Tótem y Tabú». Mientras la redactaba (en 1911), decía en una carta a Sandor Ferenczi: «Actualmente escribo al Tótem, con la sensación de que es mi obra más importante; quizá mi última gran obra. Mi seguridad interior me dice que voy acertado... No he escrito nada con tanta convicción desde La interpretación de los sueños... así que puedo adivinar la suerte del ensayo»...(2) Pero luego de su publicación, Freud se vio embargado por temores y dudas. Sin embargo según -relata Ernest Jones- encontraba razón para estas vacilaciones: «En La interpretación de los sueños -decía Freud exponía el deseo de matar al padre y ahora he descripto la muerte efectiva; después de todo hay una gran distancia entre un deseo y una acción».(3)

Así, el acto asesino de los hijos contra el padre va más allá para Freud del deseo de muerte puesto en juego en los sueños del neurótico (deseo que se articula en relación al mito de Edipo).

El asesinato del padre primitivo, que se reedita luego en «Moisés y la religión monoteísta», como el asesinato del gran hombre, pone de relieve entonces una dimensión peculiar del padre.

¿Qué llevó a Freud a inventar, lo que Lacan denominó el único mito de la modernidad?

Poder responder a esta pregunta, requiere una referencia a la construcción freudiana, no sólo en su contenido sino especialmente en la combinatoria particular de sus elementos.

He aquí entonces el mito de la horda primitiva: En el principio

era un padre todopoderoso, violento y celoso que se apropiaba no de una, sino de todas las mujeres castigando y expulsando a sus hijos.

Los hermanos se unieron un día y mataron al padre poniendo fin a la existencia de la horda paterna.

Así es como nacerá la ley: de la muerte del padre.

Con posterioridad al asesinato y cuando el horror del acto cometido había extinguido totalmente el odio, sintieron los hijos resurgir su amor por el padre privado; reaparición del amor en el remordimiento y la culpabilidad de tal modo que lo que el padre impedía en su existencia se lo prohibieron los hijos a sí mismos en virtud de la obediencia retrospectiva. Así, los hermanos triunfantes renunciaron a las mujeres por cuya causa, sin embargo, habían perpetrado el crimen y se sometieron a la exogamia. Exogamia que no es más que la prolongación de la voluntad del padre tras su eliminación. Prohibiéndose aquello de lo que el padre los había privado se aseguraron de que nadie ocupara el lugar del muerto, a fin de poder convivir en paz.

Las Mujeres de las que gozaba el padre, quedaron más prohibidas que nunca y ninguno de los hijos podrá ya ocupar el lugar del goce absoluto del padre: goce irremediamente perdido.

Una vez consumado el asesinato, los hermanos devoraron el cadáver del Urvater satisfaciendo el deseo de identificarse con el padre amado.

En su lugar se instituyó un animal como tótem; animal que era devorado cada año en el marco de un banquete ceremonial, repetición del parricidio original con el cual se habían fundado las leyes éticas (exogamia), la religión (en principio veneración del tótem), y el orden social en función de la incorporación de una sustancia común -los atributos del padre- por todos los miembros de la comunidad.

A la luz de este relato, podemos preguntarnos: ¿por qué la construcción freudiana del mito del Urvater, que da cuenta del origen de la humanidad y por ende de la neurosis se sostiene, y no precisamente por su valor antropológico?

Hacia el final de su vida, en su última gran obra «Moisés y la religión monoteísta» Freud dirá: «...sobre todo, yo no soy etnólogo, sino psicoanalista...» «Sigo sosteniendo esa construcción».(4)

Razones tenía para ello, pues el mito sólo cuenta en tanto es la única manera en que una verdad puede decirse: ¿cuál es la verdad que este mito viene a develar? que el goce absoluto del padre, esto es, el goce de todas las mujeres es inaccesible desde siempre. Con el asesinato se delimita el lugar de un

imposible; imposible que la muerte del padre pone al desnudo. La instauración de la ley como consecuencia inmediata del acto criminal instala la prohibición del goce, fijando en el lugar de lo imposible, su marca significativa.

Dos dimensiones del padre: la de la imposibilidad y la de la prohibición. La muerte del padre tiene por función en un primer tiempo lógico, marcar sencillamente el lugar del agujero (represión originaria - imposibilidad del goce) y en un segundo tiempo nombrar a aquel goce imposible como prohibido, en la medida en que sólo en tanto muerto el padre funciona como ley.

Se marca así, una diferencia fundamental: el padre de Tótem y tabú, acentúa la vertiente de la imposibilidad. En cambio, el padre de la ley, el padre que se articula en el mito edípico, es el que deja esperanzas al sujeto, porque por un lado, al recaer la prohibición sólo sobre la madre, deja libre el acceso a las demás mujeres (goce fálico) y por otro, porque a través de la transgresión abre el camino de un goce posible.

El padre edípico «mantiene el goce en el horizonte como prometido al deseo por su misma interdicción»(5), exigiendo la renuncia del hijo a ser el falo de la madre (esto es, renuncia a un goce de todos modos imposible), para recibir la compensación simbólica de esta renuncia: para el niño, tener más tarde el falo como hombre (futuro padre); y para la niña, como mujer, futura madre, que podrá recibirlo a su vez.

Se trata entonces, de una esperanza de una promesa, que compromete al goce en tanto fálico. Esta construcción sugiere una perspectiva armonizadora, una perfecta regulación del goce por la función pacificadora de la ley edípica, es decir, del orden simbólico.

Pero, la clínica mostraba a Freud, los efectos de un goce inasimilable, un goce escapando a la regulación simbólica: automatismo de repetición, reacción terapéutica negativa, roca de la castración, testimonios de un goce que no se deja reducir a la función fálica. Testimonios que dan lugar a los conceptos que marcan el giro de los años '20: «Más allá del principio del placer», pulsión de muerte. Conceptos que cobran luz en relación del padre primitivo, mito de los orígenes de la ley simbólica, que como dijimos, da cuenta de la equivalencia del padre muerto y del goce, haciendo de este punto, el lugar de lo imposible, que un muerto goce.

Decididamente, no hay armonía: el falo sólo es el símbolo de un goce imposible. Y este goce sin límites, que no se subsume totalmente al orden simbólico ¿no es acaso lo que permanece como resto, en lo que Freud no puede dejar de caracterizar como

una voz, en el imperativo categórico del superyó?

Leemos en «El yo y el lo»: «Así (como el padre) debes ser. Así (como el padre) no te es lícito ser; esto es, no puedes hacer todo lo que él hace, muchas cosas le están reservadas». (6) Se traía de un mandato imposible. He aquí la paradoja del superyó que para Freud «conservará el carácter del padre» (7). Padre de Tótem y tabú, que encarna lo imposible del goce.

En este lugar, para decirlo una vez más, la ley viene a fijar su marca significante. Marca que apunta al borramiento de la huella del acto parricida, que remite a un saber prohibido: el de la muerte del padre. En palabras de Catherine Millot: Este «saber que no debe saberse constituye la definición de lo inconciente como tabú». «Saber de lo inconciente, saber de la falta cometida que representa un saber sobre el goce perdido tanto como un saber perdido sobre el goce...» (8).

Y una cita de Freud al respecto, cita extraída del «Moisés...», hará de corolario a este trabajo: «No vacilo en declarar que los seres humanos han sabido siempre de aquella manera que antaño poseyeron un padre primordial y lo mataron». (9)

REFERENCIAS

- 1 Silvestre, Michel: «Mañana el Psicoanálisis». Ediciones Manantial. Bs. As. 1988. pág. 72.
- 2 Jones, Ernest: «Vida y obra de Sigmund Freud». Salvat Editores. Barcelona. 1985. pág. 321.
- 3 Ibid. pág. 322.
- 4 Freud, Sigmund: «Moisés y la religión monoteísta». Tomo XXIII. Amorrortu Editores. Bs. As. 1980. pág. 127.
- 5 Millot, Catherine: «Noboddaddy. La historia en el siglo». Ediciones Nueva Visión. Bs. As. 1988. pág. 60.
- 6 Freud, Sigmund: «El yo y el ello». Tomo XIX. Amorrortu Editores. Bs. As. 1986. pág. 36.
- 7 Ibid. pág. 36.
- 8 Millot, Catherine: «Noboddaddy. La historia en el siglo». Ediciones Nueva Visión. Bs. As. pág. 114-115.
- 9 Freud, Sigmund: «Moisés y la religión monoteísta». Tomo XXIII. Amorrortu Editores. Bs. As. 1980. pág. 97.

BIBLIOGRAFÍA

- FREUD, Sigmund: 1895 - «Estudios sobre la histeria». Obras Completas. Tomo 11, Amorrortu Editores. 1986.
- 1900 - «La interpretación de los sueños» (cap. V - cap. VII). Obras Completas. Tomo II, Amorrortu Editores. 1986.
- 1913- «Tótem y tabú». Obras Completas. Tomo XIII, Amorrortu Editores. 1986.
- 1920 - «Más allá del principio del placer». Obras Completas. Tomo XVIII, Amorrortu Editores. 1986.
- 1921 - «Psicología de las masas y análisis del yo». Obras Completas. Tomo XVIII, Amorrortu Editores. 1986.
- 1923 - «El yo y el ello». Obras Completas. Tomo XIX, Amorrortu Editores. 1986.
- 1923 - «La organización genital infantil». Obras Completas. Tomo XIX, Amorrortu Editores. 1986.
- 1924 - «El sepultamiento del complejo de Edipo». Obras Completas. Tomo XIX, Amorrortu Editores. 1986.
- 1928 - «Dostoievski y el parricidio». Obras Completas. Tomo XXI, Amorrortu Editores. 1986.
- 1930 - «El malestar en la cultura». Obras Completas. Tomo XXI, Amorrortu Editores. 1986.
- 1931 - «Sobre la sexualidad femenina». Obras Completas. Tomo XXI, Amorrortu Editores. 1986.
- 1939 - «Moisés y la religión monoteísta». Obras Completas. Tomo XXIII, Amorrortu Editores. 1986.
- LACAN, Jacques: El seminario. 1959-1960. Libro VII. «La ética del psicoanálisis». Ediciones Paidós. Bs. As. 1988.
- El seminario. 1964. Libro IX. «Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis» (cap. V). Ediciones Paidós. Bs. As. 1987.
- JONES, Ernest. «Vida y obra de Sigmund Freud». Salvat Editores. Barcelona. 1985.
- MILLOT, Catherine. «Freud antipedagogo». Editorial Paidós. Bs. As. 1982.
- «Noboddaddy. La historia en el siglo». Ediciones Nueva Visión. Bs. As. 1988.
- SILVESTRE, Michel: «Mañana el Psicoanálisis». Ediciones Manantial. Bs. As. 1988.
- COTTET, Serge: «Freud y el deseo del psicoanalista». Ediciones Manantial. Bs. As. 1988.
- RUPPOLO, Héctor: «Los nombres del Padre». Editorial Tekné. 1981.